

El cambio climático y la justicia mundial

ULRICH BECK

¿No habría que clamar por una nueva era socio-ecológica? De la renacionalización masiva en Rusia y de los éxitos de los populistas en Latinoamérica y en Europa del Este, el capitalismo liberado genera temores y reacciones de rechazo sin parangón con todo lo conocido desde la caída del muro de Berlín. ¿Cuál es el origen de esta decepción? La clase media grita "¡Basta!". Así sucede en Alemania, pero también en casi todos los países de Europa y en todos los hábitats del mundo. La resistencia aumenta con la percepción de que la clase media mundial no participa de los beneficios que produce el actual período de crecimiento económico, tal vez incluso de que su porción de tarta va a menos. Mientras en las empresas transnacionales que saben sacar provecho de las reservas de racionalización de las nuevas tecnologías de la comunicación, y a la vez de la mano de obra barata, se multiplican los beneficios, los trabajadores de clase media corrientes, viven en el Medio Oeste de EE UU, en la cuenca del Ruhr, en América Latina o en Europa del Este, quedan al margen. Por todas partes el mismo fenómeno: la renta familiar media estaba y está muy por debajo de las tasas de crecimiento de la productividad, y esto desde hace años. John Kenneth Galbraith advirtió ya lo que debería alentar a la socialdemocracia de hoy: todos los grandes líderes políticos tuvieron algo en común: la obstinada decisión con que, en su día, tomaron en serio los grandes temores de sus pueblos. Ahí reside la esencia de su importancia política. Encontrar respuestas a las necesidades de la profundamente desconcertada clase media mundial, esa es la clave del éxito político, también a comienzos del siglo XXI.

Es una ironía de la historia que la visión del mundo rebatida al derrumbarse el comunismo fuera adoptada precisamente por los vencedores de la guerra fría. Los neoliberales hicie-

ron profesión de fe de las debilidades de pensamiento de Marx, de su contumaz menosprecio de los movimientos nacionalistas y religiosos y de su imagen unidimensional y lineal de la historia. En cambio, cerraron los ojos a la idea marxista de que el capitalismo libera energías anárquicas y autodestructivas. Marx veía la economía de mercado como fuerza revolucionaria y entendía que la penetración del mundo por el mercado circurre de manera destructiva

y violenta. Cuando el capitalismo se extiende, las condiciones sociales sufren un vuelco: destruye industrias, formas de vida y regímenes completos. En los pasados 200 años, la campaña victoriosa del capitalismo y del industrialismo fue de la mano de guerras y revoluciones. ¿Por qué creen los neoliberales que en el siglo XXI las cosas van a ser de otra manera? Es un misterio. La revolución (y la contrarrevolución) ecológica que se vislumbra va por otro lado.

¿Dónde está el Willy Brandt de hoy, alguien capaz de formular de nuevo la cuestión de la justicia —el problema político clave del incipiente siglo XXI— a escala mundial y nacional, económica y ecológica? Por una parte, los ministros europeos de medio ambiente pregonan la revolución ecológica; por otra, anuncian que, pese al cambio climático, podemos seguir con nuestra habitual forma de vida. Esto es ilusorio. Porque ya se ve venir: la política

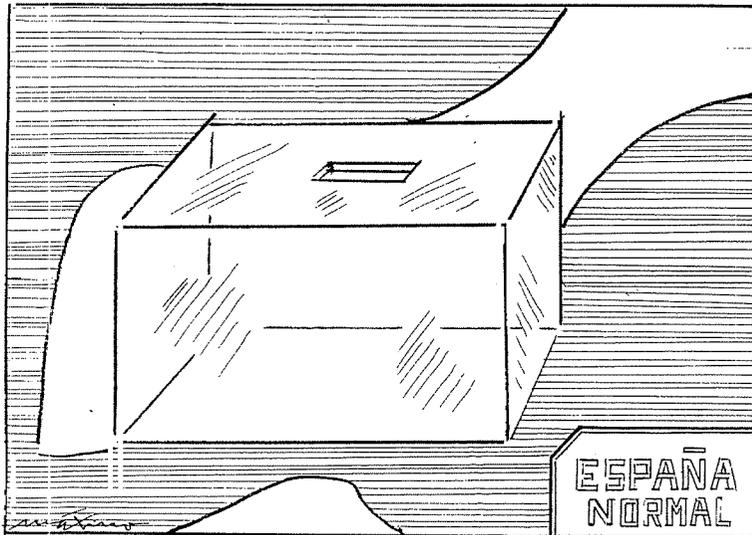
del clima provoca desplazamientos y desigualdades sociales, tanto en cada uno de los países como en el mundo entero. A la vista de las diferencias culturales y de las desigualdades sociales, ¿cómo se van a distribuir equitativamente los costes de la política del clima? En Gran Bretaña se debate ahora la conveniencia de instaurar un mercado privado de emisiones. Cada ciudadano sólo podría causar una emisión limitada del nocivo CO₂. Quien quiera consumir más, que pague más. Los más afectados serían los pobres y la clase media, acorralada por su temor a ir a menos. Su margen de maniobra quedaría reducido; su vida de trabajadores que se desplazan a diario a su lugar de trabajo, amenazada.

Cambio climático no quiere decir sólo cambio climático; es decir, en modo alguno sólo fenómenos atmosféricos, huracanes, sequías, inundaciones, oleadas de refugiados, amenazas de guerras. De repente sucede también que todos los pueblos, culturas, etnias, religiones y regiones del mundo viven por primera vez en la historia compartiendo la presencia de un futuro que los amenaza a todos. Dicho de otra manera, para sobrevivir hay que contar con el otro, con el excluido. La política del clima es una cosmopolítica.

Al mismo tiempo se percibe que los efectos del calentamiento de la tierra se manifiestan en cada sitio de una manera distinta y que, ante el trasfondo de un mundo radicalmente desigual, los contrarios deben tomarse radicalmente en serio. El hecho de que ahora comparemos la previsión de una catástrofe climática no se asienta en un pasado común y, desde luego, en modo alguno en un futuro común. Tal vez en Alaska surja una agricultura floreciente. Tal vez en Nueva York y en Múnich se pueda ir en bikini en Navidad. Pero, ¿qué va a ser de África? ¿Qué de Oriente Medio?

Pasa a la página siguiente

MÁXIMO



Seguramente no debe de haber nada más imposible de imaginar que a un etarra yendo al cine. Ir al cine exige tanta transparencia cotidiana que quienes necesitan de las tinieblas para vivir (y no dejar vivir, es decir matar) no pueden concebir que se pueda estar en un sitio para disfrutar de la sensibilidad y la inteligencia a la luz de una sala a oscuras. Antes que alguien, muy legítimamente, cuestione mi licencia retórica, me apresuro a defenderme. No baso mi aseveración en ninguna prueba irrefutable. Pero convendrá conmigo el lector que habría que hacer un gran esfuerzo de imaginación para hacer creíble ese simple y humano gesto de ver a un etarra consultando la cartelera para decidir la película del fin de semana. Obviamente, ese tiempo él lo emplea calibrando la parzadea de alegría que va a darse dejando a un niño huérfano o a una mujer viuda. Ese hábito cultural sería peligroso para su subsistencia. Sucede que en el cine la gente ríe o llora. Y sucede que si la película no te gusta, estás obligado a hacer una operación aunque más no sea elemental de discriminación crítica. Es decir, debes usar la razón. O los sentimientos. Dos variables que cuesta mucho creer que formen parte de su siste-

Los etarras no van al cine

J. ERNESTO AYALA-DIP

ma habitual de desenvolvimiento cotidiano. Si el etarra fuera al cine podría darse la circunstancia que tuviera que emitir un juicio estético. Pero qué valor podría tener ese dictamen en gente que mata por la espalda. Si el etarra fuera al cine también podría darse la circunstancia que tuviera que emocionarse. Y es de suponer que esa mesurada debilidad del alma podría entrar en franca contradicción con su innegociable decisión de matar. Por la espalda o de frente. Si te emocionas cuando no lo esperas, a lo mejor sucede que comienzas a hacerte preguntas peyorativas para tu subsistencia de asesino. Así que por si acaso, mejor no ir al cine.

Con esta gente ha intentado negociar Zapatero. Y estaba en su derecho. Y también era su deber. Y haciéndolo no intentó enganar a nadie. Ni siquiera a los que estos incapaces de visualizar a los mismos asesinos en la cola de un cine. Y lo ha hecho no para

entregarles España a trozos, sino simplemente para que dejen de matar. Para que abandonen su violencia irracional. A lo mejor, ya que se hablaba de negociación, había que ejercitar algunas concesiones. El territorio del perdón es muy amplio. Como acercar a los presos, por ejemplo; un acto de respeto y consideración a sus familiares que enseguida se vio que a ellos, los terroristas, les importaba un bledo. Pero no ha podido ser. Nadie podrá decir nunca que Zapatero no lo haya intentado. Tampoco nadie podrá negar jamás de las jamases que los únicos culpables de esta suicida decisión no sean los etarras. Los que no van al cine. Pero dicho esto, cuánta falta hizo que el Partido Popular arrimara el hombro. Y cuánta falta hizo que los etarras no hubieran contado con el conuco vengativo del PP para así tener a su disposición el mejor terreno político y social que necesitan para sobrevivir. El cuanto

peor, mejor. A veces, ciegos por la derrota electoral que los apeó del Gobierno de España en el 2004, parece que el PP no llega a comprender cabalmente la importancia institucional de su papel de partido en la oposición. Me he cansado de oír siempre la falta que hace que nuestra derecha sea homologable a las más respetuosas y abiertas derechas europeas. Los diez u once millones de electores del partido conservador se lo merecen. Y los otros tantos de izquierda, también. Y resulta que siempre esos ruegos provienen de sectores de la izquierda. Y, últimamente, en algunos casos que los honran, de algunos sectores del propio Partido Popular. No sería nada descabellado predecir que las propias elecciones generales las ganará el PP. Pero entonces los principales líderes del primer partido de la oposición tendrán que demostrar que no lo hicieron con la exigencia inestimable de una agenda antiterrorista hecha

a su medida. A la medida de su asalto a la Moncloa.

Los terroristas de ETA no van al cine. Pero a cambio, parece que les gusta consumir videos. Les gusta tanto que hasta producen los suyos propios. Hay uno que estos días lo han pasado por televisión. En él se ve a unos encapuchados haciendo prácticas de tiro en la nuca. Esas piezas de cine casero son muy meticulosas. Muestran a un terrorista simulando que mata por la espalda y luego, dada la inoportuna resistencia de la víctima, hasta simulan el tiro de gracia. Por no tener no tienen la mínima inteligencia para el sofisticado detalle de simular que viven. Simulan que matan para hacerlo más eficazmente. Ir al cine exige mirar la cartelera. Hacerlo al calor de la familia. O de los amigos. O de la novia o el novio. O en soledad. Tener por delante el doméstico paisaje de un fin de semana. Hacer planes para las próximas cuarenta u ocho horas. Los etarras no van al cine porque ya tienen bastante trabajo con ser fieles al video en el que tanto les gusta reconocerse. Reconocerse y no quedar petrificados de horror.

J. Ernesto Ayala-Dip es crítico literario.

El cambio climático y la justicia mundial

Viene de la página anterior

Los países más ricos, los que más contribuyen al calentamiento de la Tierra, y así ponen en peligro la vida de los más pobres, gastan ya ahora miles de millones de dólares o euros en protegerse de las peores consecuencias de sus propios riesgos, como la sequía o la elevación del nivel del mar. Dos tercios del anhídrido carbónico y de los gases de efecto invernadero que se acumulan en la atmósfera proceden, a partes casi iguales, de Estados Unidos y de los países de Europa occidental. Estos y otros países ricos invierten en instalaciones de propulsión eólica para transformar el agua del mar en agua potable, en la ampliación de diques, en casas y ciudades flotantes, en plantas transgénicas que crecen también en el desierto. Sucede como en el *Titanic*: la catástrofe climática no es democrática. La mayoría de las víctimas quedaron atrapadas en las cubiertas y camarotes

más baratos, los de más abajo, aquellos en los que no había escapatoria.

El que agudiza el cambio climático arremete contra los más pobres de los pobres, pone en peligro el sustento de su vida. Quien, construyendo más diques, trata de proteger Londres, Nueva York o Tokio de las inundaciones provocadas por la elevación del nivel del mar se entrega a la idea ilusoria de que a las consecuencias sociales y políticas del cambio climático se puede dar una respuesta nacional individual. Esto es andar por las ramas del problema clave de la justicia mundial, al que ya no hay que responder sólo por un interés idealista general, que abarque a toda la humanidad, sino que más bien deviene parte integrante de los intereses nacionales y de la política nacional. Si el calentamiento de la atmósfera terrestre se considera hoy el reto económico y político más grande y más difícil que el mundo tuvo que afrontar jamás, hay un motivo para ello: no se trata únicamente de reducir las emisiones; se trata de distribuir el crecimiento económico, estrechísimamente ligado a las emisiones de anhídrido carbónico, entre Estados y entre pueblos. A la vista de las desigualdades cada vez más

agudas, la exigencia de que los países desarrollados sobre todo India y China — también reduzcan drásticamente sus emisiones y de que se llegue a una fórmula de compromiso entre los países industrialmente más desarrollados del mundo (como la que parece tener *in mente* el presidente de Estados Unidos, Bush, en su reciente paso adelante en política climática) es completamente irreal. La pregunta decisiva es más bien si los ricos van a reducir sus emisiones para que los pobres tengan sitio para su desarrollo. El juego en el que el que pierde paga, ahora en marcha a toda vela, y el hecho de que la pelota de la fuerza de gravitación y del poder de decisión sobre el destino de la humanidad pase al campo de Asia, con su vertiginosa carrera de desarrollo, sobre todo China, India e Indonesia, ignora el meollo de la política del clima: la cuestión de la justicia mundial.

Dos son los modelos de política del clima que se vislumbran, y son radicalmente distintos. Uno atiende al lema "Proteger el clima no produce dolor" (el ministro alemán de Medio Ambiente Siegmund Gabriel). Este aboga por reducir drásticamente los gases de efecto invernadero con una "innovadora ofensiva" eco-

lógico-tecnológica de Alemania, benévola con el consumidor y el elector. La economía de mercado, el crecimiento y el ansia de mayor bienestar no se cuestionan, porque, en última instancia, todos salen ganando. La venta, por ejemplo, de aerogeneradores y colectores solares pondría a salvo el clima y, al mismo tiempo, crearía más puestos de trabajo. El centro de sustentación en este caso es la política nacional, con un guiño a los beneficios nacionales que esto produce, también en puestos de trabajo.

La ineficiencia de esta política está tan cantada como la decepción de los ciudadanos, que se ven afectados en su forma de vida por el reparto desigual de los costes de una política del clima efectiva. También el realismo aparente de volver la vista al poder de los poderosos (por ejemplo, a los consorcios del automóvil) pasa por alto el poder de los que no tienen poder. Porque el cambio climático obliga a entender que la única vía para implantar controles eficaces es la de la justicia y la igualdad de oportunidades: sólo quien haga partícipes a los demás, a los pobres, de las decisiones propias, podrá al final protegerse a sí mismo con efectividad de las consecuencias del cambio climático.

A su vez, el otro modelo se funda en el entendimiento de que el cambio climático, tomado en serio y bien meditado, supone un cambio de paradigma en la política. Al abordar el cambio climático, todos deben aprender que las soluciones conjuntas sirven al interés nacional. Sólo una gran coalición de viejos europeos y estadounidenses ecológicamente concienciados, países subdesarrollados, países en vías de desarrollo y movimientos ciudadanos está en condiciones de recobrar la soberanía nacional en la sociedad mundialmente amenazada por el riesgo ecológico y terrorista. No se trata de restar valor, y no digamos de suprimir. Los Estados nacionales: se trata más bien de darles más valor, para que ellos y, consecuentemente, todos juntos, estén en condiciones de actuar ecológicamente. Los Estados nacionales deben aprender que sólo pueden garantizar su independencia como actores políticos si son parte de un todo que se siente obligada a sacar adelante normas ecológicas mundialmente justas.

Ulrich Beck es profesor de Sociología de la Universidad de Múnich.
Traducción de Carmen Seco

CARTAS

AL DIRECTOR

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 15 líneas mecanografiadas. Es imprescindible que estén firmados y que conste el domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicarlos, así como de resumirlos o extractarlos. No se devolverán los originales, ni se dará información sobre ellos. Correo electrónico: CartasDirector@elpais.es. Andalucia@elpais.es, Bilbao@elpais.es, Catalunya@elpais.es, Galicia@elpais.es, Valencia@elpais.es. Una selección más amplia de cartas puede encontrarse en: www.elpais.com

Cómo entender la violencia en Gaza

¿Cómo entender la violencia que estos días amenaza con desembocar en guerra civil en la franja de Gaza? Según publicaba la agencia de noticias humanitarias de la ONU (www.irinnews.org) el 29 de abril de este año, el 80% de las familias en Gaza vive con menos de un dólar al día, equivalente a 0,66 euros.

¿Cómo han llegado los palestinos de Gaza a una situación de extrema pobreza? En un acto contrario a toda teoría económica: lo han hecho ejerciendo su derecho al voto. Las elecciones de enero de 2006 que llevaron al poder a Hamás dieron lugar a una campaña internacional de boicoteo al resultado de dichas elecciones. Por un lado el Gobierno de Israel, que además de continuar con su campaña sistemática de incursiones militares en Gaza y Cisjordania, desde el resultado de las elecciones ha congelado la devolución de los impuestos aduaneros (unos 50 millones de dólares al mes) que la Autoridad Palestina utilizaba para pagar parte del salario de sus empleados públicos.

La noticia del día

Telediario del domingo a mediodía en TVE. Duración del informativo: cinco minutos, la culpa la tienen el GP de motos anterior y la final de Roland Garros posterior. El director de informativos se ve obligado a condensar la información del día en pocos titulares. La imagen del día, la gran noticia es, según TVE, la victoria de Jorge Lorenzo, en 250cc, y de Stoner, en GP. Así es como abren su informativo.

Escoger una noticia deportiva para abrir un telediario es algo delicado, teniendo en cuenta cómo está el mundo en que vivimos. Pero además, entre el abanico de información deportiva del fin de semana (histórico final de Liga de fútbol, semifinales de la Liga de baloncesto, histórica final de Roland Garros, Fernando Alonso), TVE escoge el GP de motociclismo.

Los motivos están claros: TVE tiene los derechos televisivos y quiere aprovecharlos al máximo (también tiene los de Roland Garros, pero no son tan rentables, el torneo acababa en pocas horas, mientras que el mundial de motociclismo tiene muchos domingos por delante). Es la misma táctica que siguió Tele 5 con la fórmula 1, con gran éxito. La diferencia está en que TVE es una cadena pública. Que sus intereses comerciales prevalezcan sobre el derecho a la información que pagamos todos es algo que resulta, cuando menos, preocupante. **Guillermo Ruiz del Castillo**. Barcelona.

Por otro lado, tanto los Estados Unidos como la Unión Europea decidieron imponer un boicoteo comercial por el que, desde abril de 2006, ni Gaza ni Cisjordania reciben la ayuda económica que hasta entonces percibían y que ha bloqueado también el dinero de ayuda procedente de países árabes, en un acto digno del "perro del hortelano".

Unos y otros argumentan que Hamás no tiene legitimidad para gobernar, pues es una organización terrorista que no reconoce a Israel como Estado soberano y no ha renunciado a la violencia. Y así, según indica un informe del *Palestine Poverty Monitor* tanto los palestinos en favor de Hamás, como aquellos en favor de 'Al Fatah, e incluso aquellos que no defienden ninguna facción política, todos ellos, comparten a partes iguales el nivel de pobreza absoluto. ¿Cómo entender entonces la violencia en Gaza?

Indudablemente, las tensiones políticas entre Al Fatah y Hamás son múltiples y variadas. Sin embargo, ¿qué se puede esperar de

una población a la que poco a poco la comunidad internacional estrangula económica, geográfica y políticamente? **Maria del Mar Logroño Narbona**. Santa Bárbara, California (Estados Unidos).

'Turquías', sorpresa y desazón

Con sorpresa y desazón he leído la extensa nota publicada en el suplemento *Domingo* del pasado 3 de junio, titulada *Turquías* y firmada por el reconocido escritor Juan Goytisolo; sorpresa por cuanto Goytisolo es un escritor comprometido con su tiempo y conocedor del problema armenio desde sus tiempos de exilio en Francia, pero más aún fue la desazón al comprobar con qué superficialidad y desconocimiento se ha referido a hechos de la historia que desembocan en el genocidio armenio y su expulsión de sus territorios ancestrales.

Dado lo acotado del espacio mencionare brevemente sólo al-

gunas de las inexactitudes en que cae Goytisolo.

Desde antes de la irrupción de Rusia en la región, los armenios eran sometidos a matanzas y saqueos constantes, situación que fue contemplada por las potencias en los Tratados de San Stefano y Berlín (1878), que exigieron a Turquía la introducción de reformas en las provincias armenias, reformas jamás concretadas.

Los armenios que habitaban el Imperio, fueron convocados a las armas al inicio de la I Guerra Mundial, y fueron exterminados en la retaguardia, dejando totalmente indefensos a niños, mujeres y ancianos, que fueron deportados y exterminados en caravanas cuyos recorridos fueron prolijamente premeditados para desembocar en los desiertos de la Mesopotamia. El "plan de exterminio" se elaboró en 1911, en la ciudad de Salónica, por los Jóvenes Turcos ya en el poder. En la "Anatolia Oriental", como llama Goytisolo, o sea, en Armenia Occidental, no sólo hay cientos de iglesias abandonadas, hay una civilización milenaria, que los sucesivos Gobiernos turcos, desde Kemal Attatürk en adelante, han procurado hacer desaparecer. El *negacionismo* de un crimen de lesa humanidad es la etapa final de la ejecución del crimen aún impune. Bernard Lewis es un reconocido negacionista sancionado por la justicia francesa años atrás. Historiadores e insospechadas organizaciones como Arnold Toynbee, Johannes Lepsius, las Naciones Unidas (1985), el Parlamento Europeo (1987), Noam Chomsky, Yehuda Bauer, Leandro Despouy o Louis Joinet, entre otros, han corroborado la existencia del genocidio armenio.

El Tratado de Lausana (1923) no fijó la frontera oriental de Turquía. Fue el Tratado de Kars en 1921, cuyo mandato ha expirado y ha sido renovado *de facto* entre Turquía y Armenia. Por el contrario, en Lausana, Turquía se comprometió a respetar a las minorías de su territorio, cosa que

no ha hecho

El fervor de Juan Goytisolo para con Turquía no debería hacerle perder de vista que la mejor forma de contribuir a la verdadera modernización y democratización de ese país pasa por ayudarle a revisar su pasado, asumir sus responsabilidades de lo que lamentablemente el autor "entrecorriente" e genocidio armenio. **Mario Nalpatian**. Consejo Nacional Armenio. Buenos Aires, Argentina.

Contra la droga en A Coruña

La droga ha vuelto a causar estragos en A Coruña y más concretamente en nuestro barrio del Ventorrillo. Una joven de 32 años apareció muerta en la tarde del martes por causas extrañas, se desconoce si por una sobredosis o por consumir droga adulterada, en el poblado de Penamoa.

Desde la Asociación de Vecinos del Ventorrillo estos sucesos nos causan una gran preocupación, ya que la lacra de la droga no parece tener fin a pesar de que en los últimos años se han diseñado campañas para tratar de erradicar estos problemas por parte de distintos organismos. Sin embargo, ninguna ha conseguido con éxito sus propósitos.

En la asociación que presido llevamos denunciando en las diferentes instituciones estos hechos que suceden continuamente en A Coruña, muy a nuestro pesar. Hoy ha sido una joven de 32 años que con su muerte deja un vacío en su familia, en sus amistades, y por ello debemos intentar que esta sea la última muerte en A Coruña. Pero, por desgracia, no lo será.

Sabemos que es un arduo trabajo poner fin a este mal en el que todos debemos aportar nuestro granito de arena para intentar solucionar este problema, y por ello solicitamos que el sueño de una Coruña limpia sin droga pueda ser en breve una hermosa realidad. **Rosa Barreiro**. A Coruña.